

## LECCION UNDÉCIMA.

Embajada de Cortés á Moctezuma.—Sumision de varios pueblos de Veracruz.—Diversos combates.—Combate de Xochimilco.—Incendio y destruccion de ese pueblo.—Preparativos para el asedio de México.—Cortés pasa revista de sus fuerzas.—El 28 de Abril.—Misa y Te Deum.

En vista de los preparativos hostiles de los mexicanos y de la resolucion indomable con que reparaban sus descabros prosiguiendo la campaña, Cortés les envió una embajada, diciéndoles en sustancia que reconociesen al rey de España como á su señor, quien no tenia otro objeto que procurar la paz y la felicidad de estos reinos.

Tuvo por contestacion la embajada el auxilio que pedian los españoles á los chalquenses, mostrándoles por medio de la pintura cuáles eran los pueblos que se armaban contra ellos y el camino por donde se dirigian. Miéntras Cortés disponia sus fuerzas, varios pueblos situados más allá de la colonia de Veracruz llegaban á rendir obediencia al rey de España.

El 5 de Abril salió á expedicionar Cortés, dejando á Sandoval en Texcoco: llegó á Huaxtepec siguiendo el rumbo que señalaron los chalquense como tránsito de las fuerzas mexicanas.

En un lugar, en la cima de una empinada y escabrosa montaña, se habian refugiado los enemigos, y

prevalidos de lo inaccesible de su posicion, burlaron descaradamente á los españoles. Cortés no pudo soportar aquella mofa y atacó por tres partes impetuosisimo. Recibiéronles con descargas de flechas y de piedras con tal arrojio, que les hicieron ocho muertos; la campaña hubiera proseguido, pero se avistó un ejército á la retaguardia de Cortés; éste retrocedió, embistióle furioso y le derrotó totalmente.

A poco se apoderaron, yendo en busca de agua, de otra fortaleza, por la astucia, tratando con suma benignidad á los que la guarnecian.

Atormentados por la sed y estando los españoles cercanos á Xochimilco (jardin ó campo de flores), resolvieron posesionarse de ese punto importante.

Era Xochimilco una ciudad populosa con un bellissimo caserío entre jardines; cortábanle muchos fosos.

Los xochimilcas rompieron todos los puentes y se dispusieron á una resistencia desesperada hasta el último trance.

El combate fué de los más sangrientos; se mantuvo por algunas horas con increíble porfía: cuando Cortés se creia victorioso, se vió rodeado por un numerosísimo refuerzo de mexicanos que le acosaba por todas partes; su caballo tropezó ó cayó rendido; siguió el conquistador combatiendo á pié con su formidable lanza, y hubiera cedido al número inmenso que le rodeaba, sin la llegada de un valiente tlaxcalteca y dos criados suyos que acudieron favoreciéndole, con lo que, reponiéndose, triunfó al fin de sus numerosos enemigos.

Vencidos los xochimilcas, los españoles tuvieron algun tiempo para reposar de sus fatigas y curar sus heridos, que fueron muchos, entre los que se encontraba el propio Cortés, Alvarado y Olid.

Cuatro españoles que cayeron prisioneros fueron remitidos á México, donde al instante los sacrificaron á sus dioses. Grande consternacion puso en los mexicanos la pérdida de los xochimilcas; Cuauhtemotzin así lo representó á sus pueblos, encareciéndoles la necesidad de recobrar aquella plaza tan importante.

Organizóse un nuevo ejército; salió Cortés á rechazarlo disponiendo que fuese atacado por el frente y por la espalda, obteniendo así una victoria perdiendo quinientos hombres.

Mientras Cortés combatía, la tropa que quedó en Xochimilco fué hostilizada por aquellos indígenas, que la pusieron en grandes aprietos. Cortés, de regreso y ántes de abandonar la poblacion, incendió los templos y dejó convertida en ruinas la hermosa ciudad; los xochimilcas, todavía en este estado, hicieron los últimos esfuerzos, pero quedaron definitivamente vencidos.

Recorrió Cortés sin grandes esfuerzos la orilla del lago, tocando en Coyoacan, Ixtapalapan y Tlacopan, donde le hicieron dos prisioneros: volvió por Tenayucan, Cuautitlan, Citlaltepec y Acolhuacan, hasta Texcoco, despues de hacer los reconocimientos que le parecieron convenientes para formalizar la toma de México.

A punto los soldados, trenes y bergantines, en me-

dio de innumerables y decididos aliados, con el concurso de los españoles recientemente llegados en un buque á Veracruz, se aprestaba Cortés á emprender el asedio de México, cuando unos españoles, partidarios del gobernador de Cuba, sea por resentimiento, sea por temor á lo arriesgado de aquella empresa, resolvieron dar muerte á Cortés y á sus principales capitanes.

Estaban convenidos los medios de la ejecucion del proyecto, el sitio y la hora; habíanse designado los capitanes y jueces que habian de reemplazar á los muertos, y al tener efecto lo acordado, un soldado, cómplice de los conspiradores, dió aviso á Cortés de lo que ocurría.

Éste al instante procedió con la mayor energía; juzgó á los reos, y fué ahorcado Antonio Villafaña que apareció como el principal, disimulando Cortés su enojo y suspendiendo por conveniencia sus castigos. Nombró de resultas de esto una guardia de toda su confianza que custodiaba su persona.

El 28 de Abril se declaró abierta la campaña sobre México, haciéndose los últimos preparativos.

Celebróse solemnemente la misa, comulgaron los españoles todos, procedieron á la bendicion de los bergantines, y en medio del cántico del *Te Deum* y al sonar de las músicas marciales, desplegaron sus velas las naves entre los gritos entusiastas de la multitud.

Pasó en seguida Cortés revista á sus fuerzas, que constaban de 86 caballos, 800 peones españoles, 3 grandes cañones de hierro, 15 chicos de cobre, 1,000

libras pólvora de fusil y una cantidad inmensa de balas y de saetas.

Hecho esto, envió mensajeros en todas direcciones para que se le reuniesen sus aliados, lo que se verificó violentamente, llegando de todas partes con aprestos formidables, formando las fuerzas un total de más de 200,000 hombres. Cortés, luego que hubo reunido á sus aliados, procedió á la distribucion de las fuerzas.

#### LECCION DUODÉCIMA.

Distribucion de las fuerzas de Cortés.—Xicotencatl se separa de Cortés.—Energía de éste.—Comienzan las operaciones militares sobre la plaza.—Uso de los bergantines.—Estragos de la artillería.—Fosos.—Rechazo de los bergantines.—Encuentros en el templo y la plaza.—Refuerzos de aliados á Cortés.—Irrupcion á la plaza.—Terror de los mexicanos.—Burla de los aliados.

El lunes de Pentecostés, 20 de Mayo, reunió Cortés su gente en la plaza mayor—dice Clavijero—para dividir su ejército, nombrar los comandantes, señalar su puesto á cada uno y las tropas de su mando, y reiterar las órdenes que habia dado en Tlaxcala.

Mandó á Tlacopan á Pedro de Alvarado, con fuerza competente para que por ese rumbo se interceptase toda comunicacion.

A Olid se colocó, con la doble investidura de jefe de fuerzas y maestre de campo, en Coyoacan.

Dió orden para que Sandoval destruyese á Ixtapalapan y quedase acampado en aquellas inmediaciones con pié de fuerza y artillería española, y los aliados de Chalco, Huexotzinco y Cholula, que eran como treinta mil hombres.

Cortés tomó el mando de los trece bergantines, y en ellos distribuyó trescientos veinticinco españoles con trece falconetes.

El total de la fuerza era de 917 españoles y más de 75,000 hombres de tropas auxiliares.

Al partir Alvarado y Olid á ocupar los puntos que se les habian designado, fueron en compañía del primero Xicotencatl el jóven y su primo Pitteutli. Tuvo éste una disputa con un español, quien le hirió, faltando á las prescripciones de Cortés, y poniendo en peligro las buenas relaciones entre sus aliados, que á toda costa le importaba mantener.

Los tlaxcaltecas hicieron visible su sentimiento por lo ocurrido, y trató Olid de apaciguarlos permitiendo á Pitteutli se retirase á curar á su país. Xicotencatl, por razones de parentesco, ó por otras, se mostró mucho más ofendido, y emprendió la fuga ocultamente, para su tierra, con otros muchos tlaxcaltecas.

Dióse parte de lo ocurrido á Cortés, quien pensando, como debia, en la gran trascendencia del suceso, mandó á Ojeda en persecucion del fugitivo. Hizolo así el enviado, y Cortés le mandó ahorcar públicamente, pregonando su delito.

Tan audaz determinacion, léjos de irritar los ánimos, como era de esperarse, y de romper los lazos

que unian á los españoles con los tlaxcaltecas, convirtió á éstos en más sumisos y adheridos.

No obstante, los tlaxcaltecas hicieron vivas demostraciones por la muerte de Xicotencatl; le tributaron los honores de estilo, y distribuyeron sus vestidos como reliquias.

La familia y los bienes de Xicotencatl se adjudicaron al rey de España y fueron enviados á Texcoco. En la familia habia treinta mujeres, y entre los bienes gran cantidad de oro.

Ocupémonos ya del principio del asedio en México. Alvarado y Olid, con sus fuerzas, se dirigieron á Tlacopan, con el objeto de cortar el agua á los mexicanos. Éstos previeron la hostilidad y se prepararon á una resistencia vigorosa. En efecto, la hicieron, pero fueron vencidos, y los tlaxcaltecas los persiguieron, haciéndoles varios muertos y prisioneros.

Alentados con este pequeño triunfo tlaxcaltecas y españoles, trataron de penetrar en la ciudad, hasta apoderarse de un foso; pero la multitud de mexicanos que cargó contra ellos con lanzas y con flechas fué tal, que los españoles retrocedieron á Tacuba avergonzados, despues de haber perdido ocho soldados por muertos y de quedar como cincuenta fuera de combate.

Alvarado fijó su campo en Tacuba, y Olid fué á situarse á Coyoacan. Esto pasaba el 30 de Mayo, dia que fija Cortés como principio del asalto.

Miéntras Alvarado y Olid, cada uno por su lado, se ocupaban en cegar algunos fosos para facilitar las

operaciones militares, Sandoval salia de Texcoco el 31 de Mayo, con 35,000 hombres, á apoderarse y destruir Ixtapalapan.

El combate que se libró en Ixtapalapan fué tremendo. Sandoval, con sus dos grandes cañones de hierro, hizo en la multitud espantosos estragos; al fin se apoderó de Xolotl, punto en que reunian y dominaban las calzadas que iban para México, y lugar igualmente cómodo y fácil para ponerse en contacto con Olid y Alvarado.

En Xolotl encontró Cortés los bergantines, y engrosando sus fuerzas con lo más escogido de las de sus capitanes, abandonando el designio de tomar Ixtapalapan, concentró en México toda su atencion.

En tal estado de cosas, los mexicanos hicieron una primera acometida en medio de la noche. Cortés la combatió é hizo al siguiente dia una salida, que dió por resultado que se apoderasen los españoles de un foso y una trinchera. Los caballos hicieron grandes estragos, y sobre todo los bergantines, que penetraron persiguiendo á los mexicanos por la parte occidental del lago, donde incendiaron muchas casas de los arrabales.

En este intervalo Sandoval terminó felizmente sus operaciones sobre Ixtapalapan, y marchó con sus fuerzas hácia Coyoacan; saliendo á su encuentro los de Mexicaltzinco, furiosos, y fueron derrotados.

Cortés, teniendo noticia de esa marcha y de un gran foso abierto, para impedirla, envió dos bergantines en su auxilio. Dirigióse Sandoval al campo de

Cortés con sólo diez hombres, y al hallar combatiendo á los españoles, no obstante sus fatigas tomó parte en la lucha y fué herido en una pierna. Otros muchos españoles quedaron heridos, pero á pesar de esto, las pérdidas inmensas de los mexicanos y el terror que les causaba la artillería fueron tales, que en muchos días no osaron acercarse al campo de Cortés. A pesar de esto, los españoles pasaron seis días en perpetuos combates, descubriendo en sus correrías un amplio y hondo canal que penetraba hasta el centro de la ciudad, y del que sacaron mucho partido, como veremos más adelante.

Alvarado por su parte apretaba el cerco entre reñidos combates, que le costaron algunos hombres, pero se apoderó de fosos y trincheras importantes.

Habiendo notado que por el camino de Tepeyac recibían los mexicanos constantes auxilios, lo comunicó á Cortés, quien mandó á Sandoval con 118 hombres para que cortase toda comunicacion, y así lo hizo el infatigable capitán, á pesar de la herida de su pierna, quedando efectuada la interceptacion absoluta entre el agua y la tierra firme.

Hechos los preparativos anteriores, Cortés, con 500 españoles y más de 80,000 aliados, en combinacion con Sandoval y Alvarado, al frente de otros 80,000 hombres y apoyado poderosamente por los bergantines, dispuso su entrada á la ciudad.

A los primeros pasos encontraron los invasores un foso inmenso defendido por una trinchera de diez piés de altura, coronada de multitud de mexicanos.

Los bergantines fueron allí rechazados; pero adelantándose temerariamente los españoles, repelieron á sus contrarios hasta encontrar otro foso y otra trinchera formidables; tomáronlos, y así se fueron sucediendo una serie de combates en fosos y en trincheras, hasta que penetraron los españoles en la plaza principal de la ciudad.

Amedrentados los mexicanos, huyeron al recinto del templo; allí los persiguieron los españoles con encarnizamiento, y cuando creían haber alcanzado una gran victoria, tropas mexicanas de refuerzo les atacaron por la espalda, envolviéndoles, agobiándoles, obligándoles á retirarse por el camino que habían traído, dejando en poder de los mexicanos un cañon de fierro.

En esta refriega penetraron á la plaza, atropellando por todo, algunos caballos; los mexicanos, que los veían como á fieras invencibles, se desordenaron abandonando el templo y la plaza, que recuperaron los españoles sin gran dificultad.

Diez ó doce nobles que quedaron defendiendo valerosamente el atrio del templo, fueron muertos por los españoles.

Éstos, en su retirada, incendiaron las mejores y más hermosas casas de Ixtapalapan, haciendo lo mismo por sus rumbos Alvarado y Olid.

Los tlaxcaltecas en estas jornadas mostraron un valor extraordinario, y merecieron los mejores elogios de los españoles.

Las fuerzas de Cortés engrosaban momento por

momento con nuevos aliados que él acogía muy benignamente.

Los de Texcoco, los de Xochimilco y los otomites le facilitaron sobre 70,000 hombres.

Para completar Cortés su plan de asedio, le faltaba establecer de un modo activo las hostilidades por agua. A este efecto, dispuso que seis bergantines entre Tacuba y Tepeyac sostuvieran la interceptación, auxiliando á Alvarado y á Sandoval, y los otros surcaron el lago en todas direcciones, apresando y echando á pique las barcas que llevaran auxilios á los mexicanos.

Cortés, despues de las determinaciones anteriores, siempre en combinaciones con sus capitanes, hizo una nueva entrada en la ciudad, repitiendo muchos combates parciales, en fosos y trincheras reparados totalmente con actividad increíble por los mexicanos.

Los sitiadores penetraron, aunque con esfuerzos inauditos, hasta la plaza mayor: allí pegaron fuego á algunos templos y casas notables, entre las que se cuenta el magnífico palacio de Axayacatl, donde en otro tiempo, como sabemos, se habian alojado los españoles, y la casa de pájaros de Moctezuma.

Los españoles se retiraron despues de ejecutar estas atrocidades; dejando honda impresion en los mexicanos, más que la barbarie de las hostilidades, la mofa y el escarnio de que hicieron ostentación los aliados de Cortés.

### LECCION DÉCIMATERCERA.

Varios ataques sin éxito á la ciudad.—Auxilios á Cortés.—Incendios.—Alvarado embiste á Tlaltelolco.—Heroismo de Tzilacatzin.—Perfidia de los xochimilcas.—Su castigo.—Matanza de españoles en Tlaltelolco.—Celebran los indios sus victorias.

Sin dar tiempo Cortés á que los sitiados reparasen sus fuerzas ni saliesen á reedificar sus trincheras, acometió al siguiente dia, pero los sitiados opusieron tal resistencia, que sólo despues de cinco horas de porfiado combate se pudieron apoderar de algunos fosos.

Sandoval y Alvarado á la vez emprendian obstinados ataques, de suerte que los sitiados mantenian la lid con tres ejércitos á un tiempo, todos ellos numerosos y con la superioridad inmensa de las armas, los caballos, los bergantines y la táctica de los españoles.

Alvarado por su parte, habia arruinado todas las casas de los lados del camino de Tlacopan, que unian á este punto con la capital, segun afirman veraces historiadores.

Cortés hubiera deseado evitar á sus tropas las fatigas y peligros de las entradas de la capital, situándose en el punto conquistado de ella misma, pero la inseguridad era mucha y no queria sacrificar á las otras guarniciones, á las que podian desde Xolotl auxiliar.

Entretanto, mermaban los elementos de los sitiados; los sitiadores engrosaban sus filas, verificándose alianzas de algunas ciudades del lago con los españoles.

Los nobles de Ixtapalapan, Mexicaltzinco, Colhuacan, Huitzilopochtli, Misquie y Cuiclahuac, entraron en esa confederación, obligándoles Cortés á que facilitasen víveres y materiales para defender á sus tropas de la intemperie.

En vista de tan poderosos auxilios, calculó Cortés que sólo el número inmenso de sus tropas haría sucumbir á los mexicanos, pero se engañó en sus cálculos, porque los mexicanos estaban resueltos á perder antes la vida que la libertad.

Determinó seguir haciendo sus entradas hasta obligar á los sitiados á pedir la paz.

Dividió sus embarcaciones en dos secciones, con órdenes de que hostilizasen de cerca las casas pegándoles fuego y haciéndoles el daño posible.

Dió Cortés órdenes á Alvarado y Sandoval para que incendiaran y arruinaran cuanto encontraran en sus puntos, y él con 80,000 aliados tomó el camino de Ixtapalapan, sembrando á su paso la muerte y los horrores, sin lograr ponerse en contacto con Alvarado, que fué su principal intento, por la parte interior de la ciudad.

Alvarado, en posesión del camino de Tlacopan, dirigió sus fuerzas contra los de Tlaltelolco, residencia del rey Cuauhtemotzin; por allí la resistencia fué tan heroica, que aunque se renovaban momento por mo-

mento los combates, no pudo avanzar una línea el conquistador.

En uno de los primeros combates apareció un hombre alto, membrudo, agilísimo como el viento y disfrazado de otomí con su ixcahucpilli de algodón y sin otras armas que su escudo y tres piedras.

Éste se desprendió de los suyos, se lanzó casi al centro de las fuerzas sitiadoras y disparó sus piedras con tal tino y pujanza, que mató á un español con cada piedra, causando universal asombro. Empleáronse muchos indios para aprehender á aquel atleta, pero éste aniquilaba cuanto se le oponía, renovando sus agresiones, en cada vez con trajes diferentes. El nombre de este célebre tlaltelolco era Tzilacatzin.

Alvarado, alentado con algunos pequeños triunfos, intentó penetrar hasta la plaza de Tlaltelolco, salvando los fosos, pero sin cegarlos luego como practicaba Cortés. Los mexicanos, advirtiendo tal descuido, cayeron sobre los españoles y sus aliados, haciéndoles una matanza horrorosa y tomando cuatro españoles, que sacrificaron inmediatamente en medio de los gritos y demostraciones de triunfo.

En estos días, las tropas de Xochimilco y Cuiclahuac, como hemos dicho, aliados de Cortés, enviaron secretamente embajadores á Cuauhtemotzin, protestándole obediencia, quejándose de los españoles y ofreciendo al monarca sus servicios, con la pérfida intención de traicionarle. Cuauhtemotzin creyó de buena fe las ofertas, les señaló punto para combatir y les facilitó el paso. Pero luego que los xochi-

milcas y los de Cuitlahuac se vieron en la ciudad, se entregaron al saqueo matando mexicanos é incendiando sus casas.

Los mexicanos, en vista de tan negra perfidia, se lanzaron contra ellos con tal furor, que la mayor parte de los traidores pagaron con la vida su infamia, y los que quedaron vivos fueron sacrificados por orden del rey.

Habiendo durado veinte dias el combate sin éxito decisivo, con inmensas pérdidas por todas partes, en medio de cadáveres, de escombros y de espantos, la fatiga y la desesperación sugirieron á los españoles la idea de instar á Cortés á que diera un golpe decisivo á los mexicanos con todas sus fuerzas, aprovechando la circunstancia de estar en Tlaltelolco el grueso de las tropas mexicanas, de suerte que apoderarse de ese punto seria conseguir una victoria definitiva.

Cortés, aunque con gran repugnancia, cedió á tales instigaciones y dió las disposiciones para hacer practicable el intento de apoderarse de Tlaltelolco.

Por las tres calzadas que á aquella plaza conducian, envió expediciones formidables, y él se reservó la calzada más estrecha y riesgosa.

Penetraron las fuerzas combinadas en número formidable casi al centro de la plaza; los mexicanos hacian resistencia y fingian retirarse acobardados; los españoles, con estos fáciles triunfos, renovaban su brío, dejando tras de sí los fosos mal cegados, y uno principalmente, profundísimo y de elevados bordes, apenas cubierto con débiles ramas.

Ya en el centro del pueblo los españoles y sus aliados, oyeron la aguda y disonante trompeta del dios Paynalton, que sólo era tocada en circunstancias extremas por sus sacerdotes. Entónces brotaron por todas partes como furias los mexicanos, arremetiendo contra los españoles: quieren éstos resistir, pero son envueltos y destrozados; pretenden retirarse, pero el ramaje que cubria los fosos cede, sepultando caballos y caballeros entre nubes de flechas: en desórden y próximos todos á perecer, nadando medio ahogados, tendiendo los brazos sin esperanza, los encontró Cortés y se dedicó á salvarlos haciendo prodigios de valor, pero cuando más empeñado estaba en esta tarea, se vió rodeado por todas partes y arrebatado como por un torrente por la multitud. Infaliblemente Cortés hubiera perecido en tan duro trance si los mexicanos hubieran querido matarlo y no conservarlo para sacrificarlo despues con solemnidad á sus dioses.

Cristóbal de Olid, hombre de gran valor, que ya en otras veces habia salvado la vida á Cortés, viéndole en tal conflicto, se lanzó donde estaba, trozó de un tajo el brazo del mexicano que lo conducia, y lo salvó al fin á costa de su propia existencia.

Contribuyeron tambien á su salvacion Ixtlilxochitl y un valiente tlaxcalteca llamado Temacatzin.

Llegaron los españoles derrotados y en completa desmoralizacion al camino de Tlacopan, donde Cortés les alentaba protegiéndoles con su caballería; pero la persecucion de los mexicanos era tal, que parecia imposible que uno solo de los españoles quedase vivo.

Los que habian entrado por los otros caminos, como fueron más diligentes en cegar los fosos, se salvaron con menores pérdidas.

En tal situacion los sitiadores, vieron desprenderse de las alturas del templo mayor nubes de humo de copal ofrecido á los dioses por la victoria obtenida, y creció y se hizo más honda su pena cuando los vencedores, para desanimar á sus enemigos, les arrojaron las cabezas de algunos españoles y cuando oyeron decir que habian perecido Alvarado y Sandoval. Éstos se encaminaron por Ixtapalapan á su campamento hostigados sin cesar por los mexicanos.

Cuando llegaron á Tlalteloleo supieron el desastre y retrocedieron venciendo mil dificultades.

La pérdida que tuvieron los sitiadores en esa memorable jornada, fué de siete caballos, muchas armas y barcas, un cañon, más de mil aliados y más de sesenta españoles. Cortés fué herido en una pierna, y apenas hubo uno de los sitiadores que no quedase maltratado.

Los mexicanos celebraron, durante ocho dias, tan señalada victoria con toda clase de regocijos, enterrando sus cadáveres y honrando á los valientes: abrieron nuevos fosos, repararon sus trincheras y mandaron á las provincias más lejanas la noticia, haciendo conducir las cabezas de los españoles como testimonio inequívoco de su triunfo.

#### LECCION DÉCIMACUARTA.

Las luchas del asedio de México se encarnizan.—Infructuosas tentativas de Cortés para la paz.—Los tlaxcaltecas atacan á los mexicanos.—Nuevos auxilios á Cortés.—Estrecha el sitio.—El 21 de Julio.—Avances de Cortés.—Incendio del gran templo.

Miéntas convalecian los españoles de sus desgracias y curaban sus heridos, no descuidaron el asedio en la interceptacion de víveres, poniendo en la mayor actividad los bergantines.

Los mexicanos quisieron inutilizar esos medios poderosos de actividad y construyeron treinta canoas grandes ó piraguas, desde donde combatir más cómodamente por agua; al mismo tiempo sembraron ciertas partes del lago por donde debian pasar los bergantines, de grandes estacas. Así dispuestos, provocaron el combate, haciendo un falso llamamiento á los españoles. Éstos acudieron con ímpetu, empeñándose en la persecucion de las pequeñas barcas que los desafiaban y cayendo en la emboscada en que las estacas les quitaban todo movimiento.

Acometen entónces los mexicanos haciendo grande estrago en los españoles; en lo más apurado del conflicto, varios españoles, buenos nadadores, arrancan las estacas, y ponen á flote los bergantines no sin grandes pérdidas, entre ellas la de un comandante de los bergantines.